

# TRABAJOS Y DIAS DE CARLOS MONGE ALFARO CRITICA DEDOS LIBROS SOBRE LA VIDA Y OBRA DE UN PROFESOR DE ESTADO

*Iván Molina Jiménez\**

## I. Introducción.

El profesor Carlos Monge (1909-1979), a una década de su muerte -el 8 de abril- debería sentirse satisfecho: desde 1988, circulan dos libros sobre su persona y su obra: *Carlos Monge Alfaro. El hombre y su tiempo (Ensayo)*, escrito por Osvaldo Cazanga Moncada y Juan Reyes Meza e impreso por Ediciones Guayacán<sup>(1)</sup>; y *Carlos Monge Alfaro*, de Juan Rafael Quesada, Carlos Meléndez, Isacc Felipe Azofeifa y Eduardo Fournier, publicado por la Editorial Universidad de Costa Rica<sup>(2)</sup>. El forjador del concepto de democracia rural, ¿encontró ya el historiador que evalúe sus trabajos y días con acierto y equilibrio?

## II. El convidado de piedra.

El libro de Cazanga y Reyes, que incorpora un interesante prólogo de Isacc Felipe Azofeifa, está dividido en tres capítulos. El primero, titulado "Marco histórico: algunas consideraciones generales sobre el siglo XX", es una especie de historia universal abreviada: en 29 páginas, se analiza la trayectoria de Europa,

---

\* Master en Historia. Profesor e investigador. Escuela de Historia. Universidad Nacional. Centro de Investigaciones Históricas. U.C.R.

Estados Unidos y América Latina entre 1904 y 1970. La obra se afana en describir cuanto acaeció en esta época: del conflicto ruso-japonés (1904-1908) al dadaísmo (1916), de la independencia de Panamá (1903) a la Guerra Fría, de la crisis de los Balcanes (1912-1913) a la Alianza para el Progreso (1961).

El fruto de tal esfuerzo es una extraña mezcla de acontecimientos, procesos y figuras -de André Breton a Fidel Castro-, por entero innecesaria para entender la época en que vivió Carlos Monge Alfaro. El desvelo por ubicarlo fracasa de manera estrepitosa. El capítulo, extraviado en una selva fáctica, consagra sólo 3 páginas a la Costa Rica de los años 1936 a 1963. El ofrecer un “inventario de todo” por “historia total”<sup>(3)</sup> es una falla frecuente, agravada porque la vertiginosa biografía del mundo se sustenta, en su mayoría, en literatura oficial soviética, incluso para tratar la experiencia latinoamericana<sup>(4)</sup>.

El capítulo segundo, denominado “Bosquejo histórico de la educación en América Latina”, adolece de defectos similares al que lo precede: a partir de una periodización arbitraria, se dibuja la suerte educativa del subcontinente entre 1880 y 1975; trazado no falto de miopía y prejuicio. El dedo acusador, que señala una y otra vez el sustrato ideológico de las becas de posgrado otorgadas por diversas fundaciones de Estados Unidos (Ford, Rockefeller, etc.), se convierte en palma para aplaudir sin escrúpulo la Revolución Cubana<sup>(5)</sup>. El tratamiento superficial de lo económico y social impide cumplir la promesa de:

*“...entregar un breve bosquejo histórico de la educación... concebida en su relación con el modo de producción que le da sustento y con las clases sociales que conforman la estructura de la sociedad latinoamericana”<sup>(6)</sup>.*

El último capítulo, que se titula “Perfil histórico y humano de Carlos Monge como universitario”, es sin duda el más original del libro. El material utilizado por Cazanga y Reyes -singularmente los “Anales de la Universidad de Costa Rica”- está al servicio, sin embargo, de una descripción tradicional del quehacer universitario entre 1941 y 1970. El contraste entre especialización y formación humanística legítima, en todo momento, los Estudios Generales y soslaya la fuerte crítica que afronta dicha Escuela, en la que se materializó el temor que embargaba el espíritu del Rector en 1965:

*“...unos cursitos colocados al margen de los planes de las escuelas profesionales, a manera de débil repello de cultura,*

*sin la profundidad ni secuencia que demanda la naturaleza formativa de tan importante ciclo de educación superior” (7).*

La figura de Carlos Monge Alfaro, afectada por tal énfasis, empalidece por una disgresión constante: Chile y el Instituto Pedagógico en la década de 1920, la Misión Chilena (1935), el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales (1940), la creación del claustro (1941), la Asamblea Constituyente (1949), la década de 1960, Marcuse, el movimiento estudiantil, etc. El contexto devora al contextualizado: a Carlos Monge se le deja salir a escena, pero fugazmente; es un actor de tercera categoría en la obra que le fue escrita que, por añadidura, lanza aquí y allá discutibles asertos:

*“[Los jóvenes con los que se graduó Carlos Monge en el Liceo de Costa Rica en 1926 fueron un]... ¡grupo realmente excepcional! ...[El alto porcentaje de los 740 alumnos con que empezó a funcionar la Universidad de Costa Rica eximido del pago de la matrícula]...es demostrativo...de la pobreza de quienes aspiran a cultivarse...la historia en los colegios de Costa Rica [en 1934] empieza a dejar de ser la narración de «hechos interesantes del pasado», para ser la búsqueda en el pasado, de una explicación para el presente “ (8).*

El balance integral del volumen es, por fuerza, adverso. El culto de los antecedentes, que Marc Bloch deplorara, florece en la obra de Cazanga y Reyes. El personaje es más la excusa, que el eje del discurso. La exposición que trata específicamente de Carlos Monge Alfaro, expurgada de lo accesorio, daría -quizá- para un artículo corto, digno de una revista especializada; pero no para un libro. La evidencia, sin embargo, está allí: dio para un texto de 218 páginas que -de feria- obtuvo un “Premio Nacional”. El convidado de piedra, en la esquina desde la que mira la ceremonia, ¿soltará una lágrima, una carcajada o una blasfemia?

### III. ¿El primer historiador profesional?

La obra de la Editorial Universidad de Costa Rica, prologada por Fernando Durán Ayanegui, fue escrita por encargo del Consejo Universitario para celebrar el vigésimo aniversario de la regionalización de la enseñanza superior. El trabajo fue efectuado por un distinguido equipo intelectual: Isaac Felipe Azofeifa traza una bella semblanza de Carlos Monge Alfaro; la labor del Rector en

la creación de los Centros Regionales, es descrita por Eduardo Fournier García; Carlos Meléndez Chaverri se ocupa del itinerario político del otrora militante del Partido Liberación Nacional; y Juan Rafael Quesada Camacho pondera la trayectoria historiográfica del autor de *Historia de Costa Rica* <sup>(9)</sup>.

### A. El itinerario político.

El artículo de Carlos Meléndez -"Carlos Monge en la política nacional"- es una exposición detallada y anecdótica de la participación de Carlos Monge en el quehacer político costarricense entre 1938 y 1977. El discurso destaca el papel jugado por el futuro Rector en el Centro para el Estudio de los Problemas Nacionales (1940-1945), en el Partido Social Demócrata (1945-1951), en la Asamblea Nacional Constituyente (1949) y en la campaña de 1977 de Pueblo Unido. El texto, sin embargo, fracasa en explicar: ¿cómo se formó políticamente Carlos Monge y por qué viró a la izquierda al término de su vida?

El ideario político de Monge Alfaro, según Carlos Meléndez, es producto de su estadía en Chile, país al que viajó becado en 1929 y en el que estuvo hasta 1934; aparte del título de "Profesor de Estado en Historia, Geografía e Instrucción Cívica", el becario trajo del sur:

*"...el progresismo en ideas [ya]...que sus formas diversas de acción en el terreno de la política costarricense, tienen su asidero directo y preciso en la experiencia y aprendizajes de la política chilena"* <sup>(10)</sup>.

La estancia en el Chile de Ibáñez del Campo (1929-1931) y Alessandri (1932-1938) influyó, sin duda, en Carlos Monge; pero es difícil de creer que a los 20 años, edad en la que partió para Sudamérica, careciera de toda formación política. La falta de criterio político extrañaría en un joven egresado del Liceo de Costa Rica, vástago de una familia campesina, al que le tocó vivir durante la dictadura de los Tinoco (1917-1919), las huelgas por la jornada de ocho horas (1920), el auge del Partido Reformista (1923-1924) y el enfrentamiento entre el pequeño productor de café y el beneficiador que lo financiaba <sup>(11)</sup>.

El conflicto entre el que producía y el que beneficiaba, por la fijación del precio del fruto, ¿impactó fuertemente en el aprendizaje ideológico de la juventud socialdemócrata -de Carlos Monge en particular- y en la cultura política del país? El tema, es cierto, está poco explorado; pero el debate público, que florece en el *Diario de Costa Rica* y *La Tribuna*, es elocuente. El campesino cafetalero,

desde la década de 1920, vinculó la pequeña finca con la democracia: ésta era el bastión de la primera que, a su vez, constituía el sustrato de la última. La expropiación que lo amenazaba, dado el duro financiamiento a que lo sometía el beneficiador, destruiría el régimen democrático costarricense <sup>(12)</sup>.

El “concho” de Aquileo Echeverría, ¿cómo aprendió a asociar la tierra que labraba y la vida democrática de su país? El concepto de democracia, utilizado por el pequeño productor, ¿de dónde procedía? ¿Cómo y por qué se difundió entre el campesinado cafetalero? El enlace entre democracia y finca familiar, ¿cómo transitó del labrador a los jóvenes intelectuales de los difíciles años de 1930-1940? La versión socialdemócrata del ayer de Costa Rica -el aporte político básico de Carlos Monge Alfaro al partido Liberación Nacional- ¿alteró ulteriormente la ideología original del labriego?

El flujo de ideas, símbolos, imágenes, esperanzas, prejuicios sueños y utopías, entre el intelectual y el labrador, escapa a la sabiduría de Carlos Meléndez. El efecto de la fuga es notorio: el énfasis equívoco puesto en la experiencia chilena. El error, sin embargo, es de poca cuantía a la par de la explicación de por qué Carlos Monge, en octubre de 1977, vira a la siniestra. La “izquierdización” del que fue elevado a benemérito en 1980 es fácil de entender: a) Liberación Nacional, atado a las figuras de Figueres y Oduber, se personaliza; y b) Rodrigo Gutiérrez, candidato presidencial y viejo amigo, solicita el apoyo del un día Rector que, conmovido, alza la roja bandera de Pueblo Unido; pero:

*“...cuando don Carlos Monge habla ante la coalición de las izquierdas nacionales, mantiene siempre su convicción reformista-burguesa, como dicen en su jerga los autodenominados marxistas...Su orientación en definitiva, es la misma de 1940...su discurso carece del sentimiento de identidad con ese modo de pensar [el comunismo], que está tan alejado de la idiosincracia costarricense y de él mismo, como buen costarricense que es...Don Carlos Monge, cargado de idealismo, sin ser ingenuo, cayó pues [al igual que Joaquín García Monge]...en las sutiles redes de la manipulación política” <sup>(13)</sup>*

¿Intolerancia? ¿Prejuicio? ¿Tontería? ¿Insensatez? ¿Ignorancia? ¿Grosería? El lector de 1990, al que la teoría literaria liberó, no urge del escritor para saber quién trata de manipular a quién, por qué y cuál fue el pensamiento que se fosilizó en 1940. El vínculo de Carlos Monge con la izquierda de Costa Rica es más complejo de lo que Carlos Meléndez supone; ciertamente, al lado de Rodrigo Facio, el

graduado de Chile adversó a Manuel Mora y a Vanguardia Popular en la época de Calderón y Picado; pero el itinerario político de Monge Alfaro está aún por descubrir; según Isaac Felipe Azofeifa, el:

*“...profesor [Carlos] Monge ...por esos años [1934] está apenas en los veinticinco años de edad y da cursos y conferencias sobre el origen y desarrollo del capitalismo a los jóvenes miembros del partido comunista costarricense recién fundado [1931]” (14).*

El contacto inicial con el Partido Comunista, ¿fue esporádico y se limitó estrictamente a las conferencias? El conferencista, ¿por qué aceptó ilustrar a un movimiento “...tan alejado de la idiosincrasia costarricense y de él mismo...”? La simpatía eventual que tuvo por la organización, ¿desapareció del todo después? La enseñanza del joven profesor, ¿cómo impactó en una izquierda que destaca -todavía- por una soberbia falta de cultura histórica? La exótica ideología de Manuel Mora, ¿lo contaminó desde 1930? La experiencia de 1934, ¿fue la base de la adscripción a Pueblo Unido en 1977, tras decepcionarse de Liberación Nacional, por abandonar “...el desenvolvimiento social de la democracia” (15)?

## **B. La trayectoria historiográfica.**

El extenso ensayo de Juan Rafael Quesada Camacho, titulado: “Carlos Monge Alfaro: primer historiador profesional de Costa Rica”, constituye el cuerpo del libro publicado por la editorial universitaria. El autor, que destaca en la Introducción la importancia de la *Historia de Costa Rica* -obra, aunque envejecida, todavía no superada-, la discontinua práctica historiográfica de Carlos Monge, la labor ciudadana de éste y su significativo aporte a la educación nacional secundaria y universitaria, explica que su trabajo no es una biografía tradicional, que al elogiar al héroe lo desfigura, sino:

*“...un estudio de historia de la historiografía...un análisis de la producción histórica de Carlos Monge Alfaro. Como criterio metodológico hemos optado por las perspectivas de totalidad y la de larga duración. De esta manera es posible determinar las condiciones en que se produce el conocimiento, las influencias intelectuales del autor, su concepción del mundo, la manera de construir el objeto de estudio, los polos de interés o curiosidades temáticas, los cambios y las*

*permanencias a nivel metodológico y las diferentes etapas en el oficio de historiador...El presente ensayo, aunque analiza un historiador en particular, es a la vez, el primer estudio global de historia de la historiografía en Costa Rica” (16).*

El compromiso, ¿se cumple? El primer capítulo, “Educación e historia en los años 1930”, señala, con acierto, los límites (improvisación, empirismo, etc.) de la reforma emprendida por Mauro Fernández en 1886; pero es discutible que el cierre de la Universidad de Santo Tomás -excepto por las facultades de Derecho y Medicina, un claustro escolástico de difícil modernización-, perjudicara al aparato educativo. La clausura, sin duda un mal precedente histórico, fue al fin y al cabo beneficiosa: a) estimuló la traída de profesores foráneos y la preparación en el extranjero de jóvenes criollos; y b) despejó el terreno para que, en 1941, se fundara la Universidad de Costa Rica.

El papel del docente europeo en la mejora de la educación nacional no se enfatiza lo suficiente; en contraste con la importancia que se otorga a los primeros “chilenoides”, sobre todo a Elías Leiva y Juan Dávila, que partieron para Chile en 1897 y se especializaron en Pedagogía, Historia y Geografía. El título que Quesada les confiere, “...precursores de la profesionalización de la enseñanza...” (17), es quizá exagerado, dado que se basa en información oficial bastante escueta y Leiva terminó por dedicarse al Derecho. La estadía de Carlos Monge en Chile, que se aborda después, no se analiza con detalle; pero el autor acota la influencia del filósofo francés Henri Berr en la formación del becario.

## **1. La descontextualización intelectual de Carlos Monge.**

El capítulo segundo, “Carlos Monge regresa”, empieza con un corto epítome de la tesis del futuro Rector, *Las encomiendas según tasas y ordenanzas*, defendida en 1934. El artículo sobre los “Orígenes del capitalismo moderno”, publicado en la revista *Jurisprudencia* entre 1934 y 1936, es objeto de un comentario más detenido. El grueso del discurso, sin embargo, explora el origen de la versión socialdemócrata de la historia nacional. La imagen de un mundo económica y socialmente igualitario, que se perfila en 1937 y toma su forma definitiva en 1939, deslumbra a Juan Rafael Quesada, que señala:

*“este análisis tan sugestivo de la época colonial...-que apenas recientemente ha sido cuestionado- ha jugado un papel muy importante desde el punto de vista ideológico, pues se le ha*

*utilizado par afirmar que la estabilidad de... [Costa Rica] tiene sus raíces en ese igualitarismo democrático nacido en el siglo XVIII" (18).*

¿Sugestivo? Sin duda; pero, ¿cuánto? El autor evita el asunto, al soslayar que la democracia rural: a) fue impugnada, con fuerza o timidez, por Castro y Tossi en 1964, por Oscar Arias en 1967, por Oscar Aguilar en 1970, por José Luis Vega Carballo en 1972 y, desde 1976, por Lowell Gudmundson que, a partir de una sólida base empírica, se convirtió en el crítico sistemático del "modelo rural-igualitario"; b) impactó fuertemente en la "historiografía" de 1930 (Quijano, Trejos, Núñez, etc.), la posterior (Meléndez, Rodríguez, Cordero, etc.) y el despliegue de las ciencias sociales: sociología (Vega Carballo), politología (Stone, Arias) y economía (Facio, Churnside) (19).

La imagen igualitaria es, sin duda, excepcional en América Latina y estratégica en el trayecto ideológico del país; extrañamente, Juan Rafael Quesada no explora, con detalle, el origen del modelo. ¿Por qué y cómo se le ocurrió a Carlos Monge Alfaro articular, en el Valle Central del siglo XVIII, el labrantín y la hacienda con la democracia? El inventor, ¿develó alguna vez su secreto? El comentario de un libro de Carlos Meléndez Chaverri, titulado: *Costa Rica: tierra y poblamiento en la colonia*, le sirvió para confesar en 1977 -no sin cierto orgullo por la hazaña efectuada- que allá:

*"...por los años 1934 y 1935, ayudado apenas de unas cuantas observaciones leídas en los documentos de don León Fernández... afirmé que no pocos aspectos de la vida y de las instituciones democráticas de Costa Rica cristalizaron en el siglo XVIII. Y que allí empezó a incubarse la pequeña propiedad" (20).*

La *Colección de Documentos* de León Fernández, ¿fue la única fuente del benemérito? El beneficio de la duda se otorga de oficio; pero quizá el modelo igualitario sea deudor -¿cuánto?- de: a) la ideología del pequeño productor de café; b) *La República de Costa Rica y la civilización en el Caribe*, un libro -editado en inglés en 1935 y en español en 1940- en el que Chester Lloyd Jones esboza un cuadro similar al de Carlos Monge; y c) el *Bosquejo histórico de la República de Costa Rica*, publicado en 1851, en el que Felipe Molina sostiene que la turbulencia política y militar, que afectó al Valle Central entre 1821 y 1850, no tuvo:

*“...la fatal trascendencia que en otras partes; porque...[fue pasajera y no causó] mayores estragos: jamás se ha atacado la propiedad: el pueblo no se ha desmoralizado...[ya que] todos poseen algunos bienes, y todos trabajan, no conociéndose proletarios ni grandes capitalistas, esta absoluta ausencia de castas y de clases sociales, prueban que Costa Rica es un país eminentemente republicano...” (21).*

El desinterés de Quesada por explorar las influencias que sufrió Carlos Monge prevalece en el capítulo tercero (“La década de 1940: historia y política”) y cuarto (“Universidad e historia”). El estudio de la formación del Estado, la instrucción pública y el liberalismo, le vale al becario el título de pionero; pero, de nuevo, una pregunta esperó en vano que se la formulara: ¿cuánto lo fue? El autor, que alaba “...la perspicacia del análisis...”<sup>(22)</sup> del que fuera Rector entre 1961 y 1970, no se molesta en indagar, ¿cómo, a partir de lo que se conocía, fue a por lo descubrir? ¿Cuál fue su aporte efectivo?

El último interrogante exige valorar qué tomó en préstamo Carlos Monge de: a) Ricardo Fernández Guardia, estudioso de la época 1821-1842; b) Cleto González Víquez, que analizó el régimen y la legislación municipal; c) Hernán G. Peralta, que insistió en la importancia que tuvo el localismo y evaluó el Pacto de Concordia; c) Rodrigo Facio, que enfatizó la falta de experiencia colectiva en 1821 y -conocedor del caso de Colombia- efectuó una crítica sistemática del liberalismo criollo; y d) Alberto Quijano, Hernán G. Peralta y Alejandro Alvarado, a los que preocupó el vínculo entre educación y democracia<sup>(23)</sup>.

El capítulo quinto, “El proyecto de historia de Costa Rica”, adolece de idéntica falla. El autor, al destacar que con la década de 1970 sopla un aire fresco en la Escuela de Historia y Geografía, se contenta con decir que, desde su estadía en Chile, el becario leía a Marc Bloch, Lucien Febvre, Henri Berr y Paul Lacombe. El “...asombroso descubrimiento...”<sup>(24)</sup>, por desgracia, suplanta el problema que, verdaderamente, se debía precisar: la investigación histórica que, efectuada por una nueva estirpe de historiadores, empezaba a impugnar el saber tradicional, ¿influyó de manera decisiva en Carlos Monge Alfaro? El viento del cambio, al golpearlo en la cara, ¿suscitó su enojo o simpatía?

La evidencia delata una actitud ambigua: coautor con Francisco Rivas Ríos de *La educación: fragua de nuestra democracia*, tuvo de asistente a Mario Matarrita, utilizó el trabajo de Paulino González Villalobos sobre el claustro tomasino al escribir *Universidad e historia* y en una edición “actualizada” de *Historia de Costa de Rica*, citó la tesis de Carlos Rosés Alvarado sobre el cacao (1975);

pero mantuvo el viejo esquema de la democracia rural -pese a que existía amplia información en contra- e ignoró el estudio escrito, en 1974, por Víctor Hugo Acuña Ortega sobre el tabaco <sup>(25)</sup>.

El fruto del esfuerzo de Juan Rafael Quesada es un Carlos Monge aislado, al que no se le ubica, con acierto, en el marco de la historiografía nacional: nada por delante, por detrás, por encima o por abajo. La falta de contextualización intelectual se aúna con la estructuración deficiente del ensayo, que no prospecta un vasto territorio. El becario, ¿cuantificó? El marco teórico que tenía en 1979, ¿era el de 1934? El vocabulario básico del oficio de historiador, ¿figura en sus obras? El material empírico que utilizó, ¿fue abundante o escaso? ¿Por qué su espectro temático varió entre 1934 y 1979?

La mejor estrategia -quizá la única- para descifrar a cualquier historiador (o escuela histórica) consiste en explorar, de forma específica y sistemática: a) la epistemología que lo inspira; b) la temática histórica tratada; c) la metodología que usa; d) la teoría que lo guía; e) las fuentes explotadas; y f) la ideología subyacente. El autor, es cierto, trata un poco de todo; pero fragmentariamente, sin precisar qué cambia y qué persiste entre el viaje a Chile y la muerte en 1979; defecto que se agrava por el excesivo énfasis en lo epistemológico -en especial la concepción de la historia-, que oscurece el aporte concreto de Carlos Monge Alfaro al saber histórico de Costa Rica <sup>(26)</sup>.

## 2. Mito y utopía.

La democracia rural, ¿fue utilizada? La exposición inicial de Juan Rafael Quesada avanza, inicialmente, por tal camino, similar al que tomara Meléndez para explicar el viraje a la izquierda. El texto, al desligar el "...sugestivo..." fresco de la colonia trazado por Carlos Monge del fin ideológico del pintor, parece decir: él, sin duda, fabricó el artificio; pero fueron otros los que -sin su consentimiento- lo usaron en provecho propio. El autor, consciente de la débil fuerza de la explicación, intenta matizarla más adelante; sin embargo, no la abandona del todo, por lo cual no esclarece contra qué -y por qué- surge la imagen igualitaria:

*"cuando al filo de los años 1930 el Estado liberal clásico estaba en su ocaso, Carlos Monge...trata de encontrar en la historia... el origen de nuestra nacionalidad...[con la publicación de la Historia de Costa Rica ], la mera sistematización descriptiva, da paso a un esfuerzo interpretativo, del pasado*

*como un proceso orgánico...[que] podría resumirse así: la pequeña propiedad, herencia colonial, había sido uno de los pilares de la nacionalidad..., pero había sucumbido ante el proceso expropiador que había generado el café. Entonces, ¿qué otra tarea más patriótica...podía tener el movimiento socialdemócrata que impulsar la pequeña propiedad, baluarte de la democracia costarricense?" (27).*

El afán de Quesada, ¿por qué fracasó? El factor decisivo fue desatender la lucha social librada entre 1930 y 1948, en cuyo marco Carlos Monge elaboró la democracia rural. 1940 fue una década conflictiva. El gobierno reformista de Calderón (1940-1944) y Picado (1944-1948), con el apoyo de Vanguardia Popular y un sector del "proletariado" -en especial, el bananero-, batalló contra un frente integrado por: a) la "oligarquía", disgustada por la legislación social; b) la pequeña burguesía que, aunque no la deploraba de por sí, resentía que favoreciera básicamente a los obreros, no a los sectores medios; y c) el campesinado, que compartía el disgusto de una y la queja de la otra<sup>(28)</sup>.

La alianza "caldero-comunista", unida por la Iglesia, fue el enemigo oficial; pero el conflicto de fondo, incubado en el siglo XIX, fue otro. El país, atado a la suerte del café, carecía de un fuerte mercado interno; volcado hacia el exterior, ofrecía un gris futuro al intelectual, el pequeño patrón, el profesional y el labrador dependiente del crédito y la tecnología del beneficiador. El espacio abierto a la "clase media" para que prosperara fue ínfimo. La oligarquía, al controlar la banca, obstaculizaba la apertura -sin su venia- de nuevas vetas de acumulación capitalista y la exitosa competencia del empresario emergente.

La intelectualidad liberal, es cierto, insistía desde 1890 en que se debía diversificar la economía nacional<sup>(29)</sup>; pero el trayecto reformista del país se inició en 1914, con Alfredo González Flores. El Estado intentaba adaptar -no siempre con el aval oligárquico- el modelo agroexportador al siglo XX, con el fin de alargarle la existencia; política que, de fructificar, dejaría intacto el mundo del oligarca y minaría el porvenir de la burguesía incipiente. La legislación social de 1940, hija de una alianza con el Partido Comunista, favorecía a un sector minoritario de la fuerza laboral, a costa del campesino y el capitalista en ciernes, sin desafiar el control de la oligarquía sobre la banca.

El dilema, que se forjó entre 1930 y 1948, estaba a la vista. ¿Salvar el orden vigente? ¿Construir uno nuevo? ¿Reforma? ¿Revolución? La batalla por el mañana supuso, a la vez, una disputa por el ayer. El historiador liberal (Ricardo Fernández Guardia, Joaquín

Bernardo Calvo Mora, Francisco Montero Barrantes, Manuel de Jesús Jiménez, etc.) destacaba que la colonia padeció la falta de comercio, el atraso, la pobreza y la diferenciación social y étnica; con el café, sin embargo, el progreso desembarcó en Puntarenas y la riqueza se empezó a distribuir. La imagen hacía más deslumbrador el contraste con la Costa Rica capitalista y cafetalera de 1900 -la de la oligarquía-, a la que se mostraba próspera, floreciente e incluso más igualitaria que su predecesora<sup>(30)</sup>.

El ciudadano Carlos Monge Alfaro, digna figura de un grupo social descontento, ¿se percató de que para transformar el país urgía legitimar el cambio? El proceder del profesor es elocuente: empezó a esbozar, a partir de 1937, una pintura alternativa de la evolución de Costa Rica; tras apropiarse de los elementos básicos de la versión liberal, agregó uno nuevo -la igualdad mundana- y asignó a la oligarquía el papel del villano. El café destruyó la democracia rural. El labrantín del siglo XVIII, espinazo de la historia nacional y dueño orgulloso de una pequeña finca, fue expropiado por el oligarca en el siglo XIX.

El modelo de Carlos Monge fue perfeccionado, sin tardanza, por su mejor alumno: Rodrigo Facio, que enfatizó la expropiación del labrador y aseveró que el control oligárquico del Estado corrompía la vida política del país. El discípulo, no obstante, fue más allá y defendió la diversificación de la economía -que debía ser efectuada por el sector medio, dada la cobardía del capital criollo-, la intervención estatal, el fortalecimiento de la finca familiar y el estímulo de las cooperativas. El proyecto de un mundo distinto fue el corolario de la condena histórica de la oligarquía. El mito, que colma la *Historia de Costa Rica*, se aparejó con la utopía, que florece en el *Estudio sobre economía costarricense*<sup>(31)</sup>.

El oligarca, ¿fue el único blanco del boceto trazado por Carlos Monge? El mito, atento al adversario encimero, no esquivó el albur desde abajo, por lo que la izquierda tuvo el privilegio de figurar en la mira de la imagen igualitaria. La democracia rural, en contraste con el lema "proletarios de todos los países, uníos", insistía en que el "ser costarricense" sobresalía por su índole huraña, individualista, libertaria y el amor profundo por la propiedad del suelo; a diferencia del esquema liberal que, del habitante que vivía en el Valle Central de 1821, destacaba sólo su carácter sobrio, pacífico, sencillo y laborioso.

El origen intelectual de la Revolución de 1948 está unido, sin duda, a la labor de Carlos Monge y Rodrigo Facio. La parcial victoria política y militar, alcanzada por la pequeña y mediana burguesía sobre la oligarquía cafetalera y el proletariado, fue precedida por un doble triunfo ideológico: a) se condenó históricamente a la

oligarquía por haber mutilado el país, al expropiar al labrador y corromper la vida política; y b) se bloqueó al asalariado la búsqueda de cualquier opción histórica contraria al espíritu individualista y a los sentimientos de igualdad, libertad y propiedad, pilares de la idiosincracia costarricense.

¿1948? ¿Y después? La edificación de la utopía, ¿afectó al mito? El éxito político del sector emergente, base de su consolidación burguesa, fue aparejado por una progresiva pérdida de vigencia de la versión socialdemócrata clásica (Carlos Monge y Rodrigo Facio). ¿Por qué? El avance de la investigación histórica, que descubría la existencia de diferenciación social al morir la colonia, develaba que la proletarianización del campesino, en el siglo XIX, fue en extremo lenta. La urgencia de legitimar la Revolución de 1948 desapareció y, a la altura de 1960, cuando el precarismo empezó a florecer en Costa Rica, resultaba peligroso insistir en la expropiación del campesinado<sup>(32)</sup>.

La democracia rural, falta de una mano de pintura, encontró a Oscar Arias, José Luis Vega, Samuel Stone y Roger Churnside, dispuestos a dársela<sup>(33)</sup>. El profesor Carlos Monge, aunque nunca modificó lo expuesto en la *Historia de Costa Rica*, después de la edición del *Manual de guía de turistas: República de Costa Rica* (1972), dejó de insistir en la imagen igualitaria; en sus obras ulteriores, exploró la formación democrática del país a partir de la educación, enfoque muy diferente del que tejió en 1937. El crítico por excelencia del mundo de la oligarquía fue traicionado por el azar: después de 1970, explicó -en los términos de la versión liberal- el origen de la democracia costarricense<sup>(34)</sup>.

La deferencia con que Juan Rafael Quesada trata la *Historia de Costa Rica* impera, de nuevo, en el balance final, que elude una problemática decisiva. El libro, es cierto, pesó fuertemente en la trayectoria intelectual del país posterior a 1937; pero, ¿influyó por el saber histórico que aporta o por la ideología que vehicula? La historiografía que empieza a florecer a partir de 1970, ¿es deudora o víctima de la obra del profesor de Estado? El autor, al que le faltó contextualizar -en el concierto social y político- a Carlos Monge, se limita a señalar:

*"...si bien es cierto que sobre aspectos articulares [sic] de la historia de Costa Rica se han hecho aportes de gran valor, la Historia de Costa Rica de Monge Alfaro todavía se utiliza como libro de consulta por profesores de secundaria y hasta por universitarios. Otros textos que pretenden sustituir la*

*obra de Monge Alfaro, constituyen una versión aumentada en sus defectos y disminuida en sus virtudes (interpretación y síntesis) de la obra del primer historiador profesional costarricense. Carlos Monge Alfaro sigue constituyendo un reto para las actuales generaciones de investigadores” (35).*

¿Interpretación? ¿Síntesis? El texto de Carlos Monge, es cierto, constituye un desafío; pero ideológico más que científico. El avance en la investigación histórica, en los últimos veinte años -visto con escasa simpatía por Juan Rafael Quesada-, se efectúa a pesar y en contra de la *Historia de Costa Rica*. El autor, que siempre valora la obra a la luz de 1940 y no de 1980, se olvida de que lo que significó en una época, no lo supone en la otra. El libro, provocador en 1937, milita con el ala conservadora diez lustros después; otrora al servicio de una revolución, hoy es un pilar del sistema vigente; enfoque imaginativo y prometedor de joven, obstaculiza de viejo la difusión del saber histórico; de la lámpara que ardiera un día con un fulgor crepitante, sólo queda la sombra de la llama.

### 3. Investigación e imaginación.

“Los orígenes de la propiedad territorial en el Valle Central durante el siglo XVI”, es el título de un artículo de Carlos Meléndez; editado en 1969, figuró después en *Costa Rica: tierra y poblamiento en la colonia* (1977). El autor asegura que la colonización del este y el oeste fue simultánea; en abierto desafío a la imagen -dibujada en la *Historia de Costa Rica*- de una emigración campesina de Cartago a Heredia, San José y Alajuela, durante los siglos XVII y XVIII. El colono buscó la mejor tierra en uno y otro espacio desde la década de 1580. El escrito de Meléndez, ¿fue debatido por Carlos Monge? El becario, en lugar de discutirlo, lo alabó:

*“faltó [en la indagación que hizo él del siglo XVIII a partir de 1937] naturalmente, la investigación hecha por don Carlos Meléndez tendiente a determinar el desarrollo de la tenencia de la tierra, desde las amplias concesiones de los siglos XVI y XVII hasta el apareamiento de la pequeña propiedad...” (36)*

El trato deferente, ¿atestigua, acaso, falta de fe en la solidez de su trabajo inicial? La alabanza delata, ante todo, un conocimiento precario de la Costa Rica del siglo XVIII. El profesor Carlos Monge, es cierto, no sabía -en 1977- que la investigación ulterior iba a avalar su enfoque y no el de Carlos Meléndez<sup>(37)</sup>; pero, ¿por qué no debatió un estudio tan débil teórica y empíricamente? El artículo de

Meléndez no explora la colonización agrícola, liderada por el labrantín, que se esboza en la *Historia de Costa Rica*; prospecta la simple concesión de 13 títulos fundiarios, otorgados por Diego de Artieda y Chirinos entre 1579 y 1587<sup>(38)</sup>.

El ínfimo acervo empírico del libro de Carlos Monge fue un defecto compartido por la "historiografía" socialdemócrata; falta de una amplia base documental, la investigación sistemática siempre le fue extraña. El material con que se edificó, en la década de 1940, un mito y una utopía, fue el saber histórico alcanzado por la versión liberal; no en vano, Rodrigo Facio cita más a Ricardo Fernández Guardia que la *Historia de Costa Rica*<sup>(39)</sup>. El fuerte del profesor de Estado y su discípulo, deudores sin medida de la literatura existente -sobre todo de la *Colección de Documentos* de León Fernández-, fue la imaginación histórica.

La difusión del saber histórico, efectuada por Carlos Monge tras volver de Chile, fue significativa sin duda; vulgarizador nato, elaboró varios libros y artículos sobre historia nacional y universal. El trabajo de investigación, sin embargo, lo inició en el ocaso de su vida y cristalizó en *Universidad e historia* (1978), *La educación: fragua de nuestra democracia* (1978) y, especialmente, en *Nuestra historia y los seguros* (1974), del cual dice Juan Rafael Quesada:

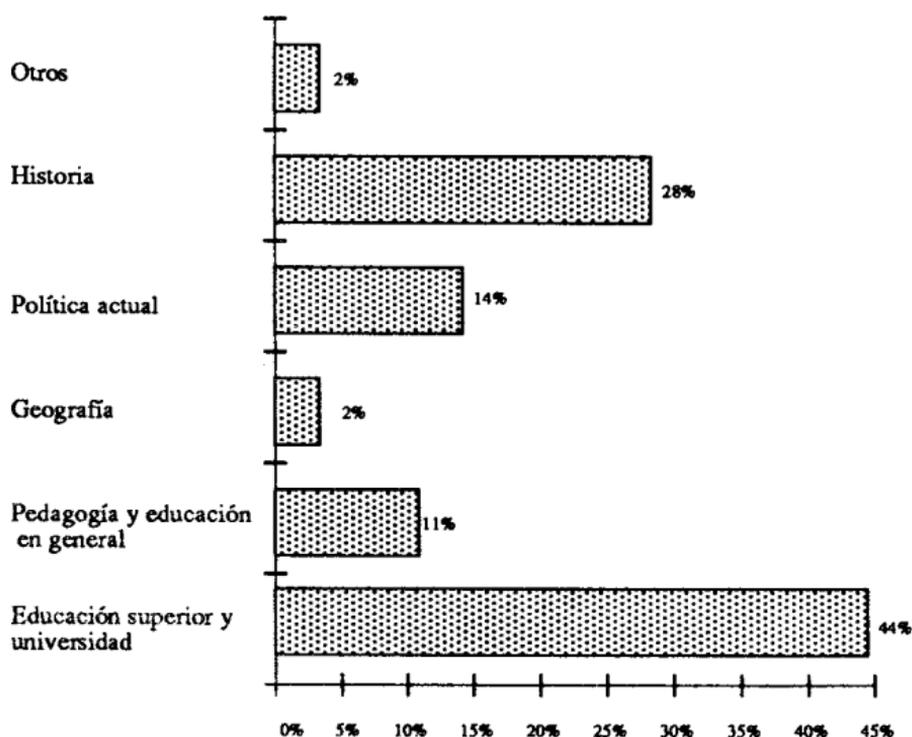
*"...es, junto con su tesis de graduación en Chile, lo más acabado de su producción de historiador. El mismo don Carlos expresó en una ocasión que esos eran los libros por los que sentía mayor estimación y cariño. El libro consiste en un estudio sobre el Instituto Nacional de Seguros...el autor utilizó una cantidad enorme y variada de materiales, fuentes primarias y bibliografía..."*<sup>(40)</sup>

El graduado de Chile, ¿fue el primer historiador profesional de Costa Rica? El título, con el que Juan Rafael Quesada lo bautiza, desafía la evidencia existente. El *Gráfico No. 1*, al contabilizar el escrito individual, por modesto que fuera -un artículo periodístico, un discurso, etc.-, subvalora el peso de la Historia y la Geografía, único campo en el que el Carlos Monge elaboró libros; pero delata que la obra historiográfica no fue el eje de su quehacer intelectual. El arquitecto de la democracia rural, más que un investigador de larga trayectoria, fue un docente, un ciudadano y un universitario.

El *Gráfico No. 2* patentiza que el trabajo histórico, después de 1950, decayó abruptamente; baja notoria para Juan Rafael Quesada que, a partir de una idea de Ana Incer, explica el declive por el

# Gráfico 1

La producción intelectual de Carlos Monge Alfaro  
(1935-1979)<sup>a</sup>



(a) El gráfico, basado en 134 publicaciones, incluye artículos de revista y periódico, conferencias, discursos, informes, libros, etc.

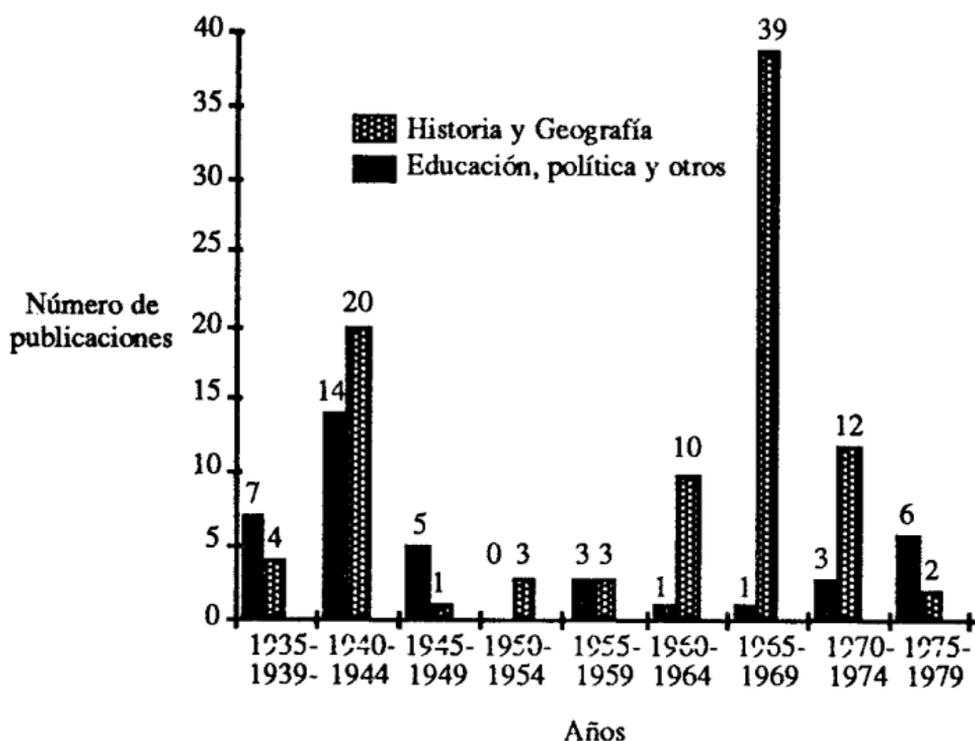
Fuente: Cazanga y Reyes, op. cit., 1988, pp. 207-218. Quesada, op. cit., 1988, pp. 48 y 185-191.

compromiso histórico de servir a la Universidad de Costa Rica: luego de 1948, ante el llamado del claustro, el becario ofrendó el oficio de historiador<sup>(41)</sup>. ¿Fue así verdaderamente? La figura devela que, entre 1935 y 1949, Carlos Monge produjo, de manera constante, el escrito de historia con el de otra índole. ¿Por qué no logró hacerlo más tarde? El tiempo que le quitaba la gestión universitaria, ¿fue la única causa?

La historia, entre 1934 y 1949, fue esencial para sustentar la labor política y cívica de Carlos Monge Alfaro; de 1950 en adelante, no lo fue más: obrero de una utopía en construcción y Secretario General (1953-1961) y Rector (1961-1970) de un claustro que crecía, encontró que historiar le era cada vez menos útil. El deber del ciudadano dejó de coincidir con el oficio de historiador: la exploración del ayer de Costa Rica, perentoria y decisiva entre 1930 y 1950, no urgió tras la Revolución de 1948; a la investigación histórica, dedicó única-

## Gráfico 2

La producción intelectual de Carlos Monge Alfaro por lustro  
(1935-1979)



Fuente: Cazanga y Reyes, op. cit., 1988, pp. 207-218. Quesada, op. cit., 1988, pp. 48 y 185-191.

mente el crepúsculo de su vida, tras alejarse de Liberación Nacional y perder la Rectoría en 1970.

La pregunta básica, con todo, sigue en pie. El legado historiográfico de Carlos Monge Alfaro, ¿cuál fue en definitiva? La deuda, contraída con el viejo historiador liberal, es -en cierto sentido- superior: él, que compartía por entero los vicios de un oficio practicado en función de lo único, lo anecdótico, el acontecimiento, el héroe y la descripción, fue el que: a) precisó la cronología ulterior a 1821; b) exploró la cultura y el quehacer cotidiano en los cuadros de costumbres; c) editó valiosas colecciones documentales; y d) batalló por salvar del olvido la Costa Rica vista por los viajeros del siglo XIX<sup>(42)</sup>.

La hazaña, ¿fue emulada con presteza por el historiador socialdemócrata? El propósito de Carlos Monge y Rodrigo Facio no fue, en absoluto, imitar al predecesor; pero sí el de aprovechar el material existente. El profesor y el alumno, ¿cuál interpretó y sintetizó mejor? El último fue, sin duda, más imaginativo, riguroso, analítico, lúcido y teórico que su tutor. El discípulo fue pionero en: a) utilizar el concepto weberiano de economía cerrada; b) ofrecer

una -discutible- explicación sociológica de la independencia; y c) ubicar la historia de Costa Rica en un contexto mayor, lo que efectuó en un trabajo célebre: *La Federación de Centroamérica, sus antecedentes, su vida y su disolución*, editado en 1939<sup>(43)</sup>.

El historiador de 1990, que labora bajo la sombra de la democracia rural, ¿qué le adeuda a Carlos Monge Alfaro? El profesor de Estado fue, a su vez, el primero en: a) destacar el proceso de crecimiento económico del siglo XVIII y acotar la importancia que tuvo la colonización agrícola; b) identificar la unidad productiva básica de fines de la colonia: la hacienda o finca familiar; y c) intuir que existe un enlace -el "bloque histórico" de Gramsci- entre la estructura económica y social del país y su sistema político; vínculo que exige una investigación concienzuda, ya que es básico para explicar la democracia costarricense<sup>(44)</sup>.

#### IV. Conclusión.

La crítica del libro de Osvaldo Cazanga y Juan Reyes, del artículo de Carlos Meléndez y del ensayo de Juan Rafael Quesada, únicamente se propone enfatizar que no todo está dicho sobre Carlos Monge Alfaro. El ex-Rector fue desfigurado por el elogio excesivo, la simplificación de su itinerario político, el peso de un contexto voluminoso aquí y la falta de contextualización allá. El esfuerzo analítico, traicionado por la falta de teoría y el uso de una metodología tradicional, fue poco sistemático y superficial, evitó la cuantificación y desaprovechó la valiosa técnica de la entrevista<sup>(45)</sup>; obsesionado por esculpir un héroe, se olvidó de explorar al hombre, su obra y su época.

El inventor del mito fue mitificado; castigo sin duda excesivo porque ata a Carlos Monge, con cadena gruesa, a la imagen igualitaria que un día trazara. El pintor, víctima de su propia pintura, ¿se liberará de tal yugo? ¿Estará condenado a morar, eternamente, en la democracia rural? ¿Podrá fugarse de la economía cerrada? La sombra del labrantín -huraño, libre, propietario e individualista- que sale al alba a labrar la tierra, ¿se le impondrá siempre? ¿Cuándo se le autorizará a oficiar de ideólogo de la burguesía emergente y a virar a la izquierda al final de su existencia? El profesor de Estado, ¿dejará de ser, algún día, otra figura más de la *Historia de Costa Rica* para serlo de la historia de Costa Rica?

#### Notas

- (1) Cazanga, Osvaldo y Reyes, Juan, *Carlos Monge Alfaro. El hombre y su tiempo (Ensayo)* (San José, Ediciones Guayacán, 1988).

- (2) Quesada Juan Rafael y otros, *Carlos Monge Alfaro* (San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1988).
- (3) Vilar, Pierre, *Economía, Derecho, Historia* (Barcelona, Editorial Ariel, 1983), p. 226.
- (4) Cazanga y Reyes, op. cit., 1988, pp. 17-45. Sería extremadamente largo elaborar un listado de la bibliografía básica que no fue consultada; por lo que toca a Latinoamérica, me limitaré a señalar la ausencia de: Cardoso, Ciro y Pérez, Héctor, *Historia económica de América Latina*, 2da. edición (Barcelona, Editorial Crítica, 1981); y Carmagnani, Marcello, *Estado y sociedad en América Latina, 1850-1930* (Barcelona, Editorial Crítica, 1984).
- (5) Ibid., pp. 44-45, 68 y 71-74.
- (6) Ibid, p. 47.
- (7) Ibid, p. 172. Hay que indicar que uno de los pocos méritos del libro de Cazanga y Reyes es la bibliografía de Carlos Monge Alfaro, incluida en un anexo al término del volumen. El listado, por desgracia, está ordenado alfabético y no cronológicamente, lo que dificulta ubicar la obra del profesor de Estado, cuya producción historiográfica no se recopiló completa.
- (8) Ibid, pp. 75, 87 y 156. Las comillas y el subrayado son del original. Todo paréntesis así [ ] es mío.
- (9) Mi comentario se limita a los ensayos de Carlos Meléndez y Juan Rafael Quesada, los dos trabajos centrales del libro.
- (10) Quesada, op. cit., 1988, p. 18.
- (11) La Costa Rica del lapso 1917-1929 es estudiada por: Murillo, Hugo, *Tinoco y los Estados Unidos. Génesis y caída de un régimen* (San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1981). Acuña, Víctor Hugo, *Los orígenes de la clase obrera en Costa Rica: las huelgas de 1920 por la jornada de ocho horas* (San José, CENAP-CEPAS, 1986); idem, "Patrones del conflicto social en la economía cafetalera costarricense (1900-1948)". En: *Revista de Ciencias Sociales*. San José (Costa Rica), No. 31 (marzo de 1986), pp. 113-122. Ramírez, Victoria, *El Partido Reformista: alternativa política de las clases trabajadoras costarricenses en la década de 1920* (San José, Universidad de Costa Rica, Tesis de Maestría en Historia, 1987).
- (12) Acuña, Víctor Hugo, "La ideología de los pequeños y medianos productores cafetaleros costarricenses (1900-1961). En: *Revista de Historia*. San José (Costa Rica), No. 16 (julio-diciembre de 1987), pp. 137-159. Molina Jiménez, Iván, "Los jueces y los juicios del legado colonial del Valle Central de Costa Rica". En: *Revista de Ciencias Sociales*. San José (Costa Rica), No. 32 (junio de 1986), pp. 99-117.
- (13) Quesada, op. cit., 1988, pp. 42-45.

- (14) Ibid., p. 12
- (15) Ibid., p. 42.
- (16) Ibid., p. 62.
- (17) Ibid., p. 65.
- (18) Ibid., p. 80.
- (19) Molina Jiménez, art. cit., 1986. Rodríguez Sáenz, Eugenia, "Las interpretaciones sobre la expansión del café en Costa Rica y el papel jugado por el crédito". En: *Revista de Historia*. San José (Costa Rica), No. 18 (julio-diciembre de 1988), de próxima aparición. El lector encontrará una bibliografía más amplia sobre esta temática en ambos artículos. Lowell Gudmundson -cuya obra Juan Rafael Quesada no cita- fue el primero en calificar de "socialdemócrata" la versión de la historia de Costa Rica de Carlos Monge Alfaro. Véase: Gudmundson, Lowell, *Costa Rica before coffee: society and economy on the eve of agro-export expansion* (Minnesota, Universidad de Minnesota, Tesis de Doctorado, 1982), pp. 1-34 y 292-295.
- (20) Quesada, op. cit., 1988, p. 87.
- (21) Molina, Felipe, *Bosquejo histórico de la República de Costa Rica* (Nueva York, Imprenta de S. W. Benedict, 1851), pp. 5-6. Jones, Chester Lloyd, *La República de Costa Rica y la civilización en el Caribe* (San José, Editorial Borrás Hermanos, 1940), p. 25.
- (22) Quesada, op. cit., 1988, p. 91. Es conveniente destacar que en el capítulo IV, Juan Rafael Quesada examina la trayectoria universitaria de Carlos Monge a partir de la investigación de Cazanga y Reyes. Quesada, op. cit., 1988, pp. 115-121. Cazanga y Reyes, op. cit., 1988, pp. 96-103.
- (23) Molina Jiménez, art. cit., 1986, pp. 101-102, nota No. 11; idem, "El Valle Central de Costa Rica en la independencia". En: *Revista de Historia*. San José (Costa Rica), No. 14 (julio-diciembre de 1986), pp. 85-96. Aguilar, Oscar, *Ensayos de historia patria* (San José, Editorial Universidad Estatal a Distancia, 1984), pp. 23-38.
- (24) Quesada, op. cit., 1988, p. 145. La expresión figura en un artículo necrológico escrito por Ana Incer y publicado en el semanario *Universidad* el 13 de abril de 1979. El cambio historiográfico se explora en: Molina Jiménez, art. cit., 1986; Rodríguez Sáenz, art. cit., 1988; González, Paulino, "Los avatares de la nueva historia". En: *Revista de Historia*. San José (Costa Rica), No. especial (1988), de próxima aparición. En el capítulo V, en el apartado titulado "El Centro de Investigaciones Históricas", Juan Rafael Quesada prácticamente no dice una palabra sobre tal institución; tampoco evalúa cuál fue la suerte del "Proyecto de Historia de Costa Rica" después de la muerte de Carlos Monge; aunque sí se refiere de manera escueta a esta temática en una nota. Quesada, op. cit., 1988, pp. 144-149 y 151.

- (25) Quesada, op. cit., 1988, pp. 144-145. Monge, Carlos, *Universidad e historia* (San José, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, 1978), p. 20; idem *Historia de Costa Rica*, 16a. edición (San José, Librería Trejos, 1980), pp. 146-149; idem y Rivas, Francisco, *La educación: fragua de nuestra democracia* (San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1980), pp. 6-7 y 19, nota No. 4.
- (26) Quesada, op. cit., 1988, pp. 76-79, 81-84, 92, 95-96 y 100-101 especialmente. Debo decir, que las largas citas textuales incorporadas en el discurso o en las notas, no facilitan la lectura ni permiten discernir con claridad cuál es el punto central que Juan Rafael Quesada intenta destacar. Además, algunas son por entero innecesarias, ya que el documento citado se reproduce luego en los anexos. Véase: pp. 76-79 y pp. 167-170.
- (27) *Ibid.*, pp. 100-102.
- (28) Mi interpretación de la época 1930-1950 se basa en: Rovira, Jorge, *Estado y política económica en Costa Rica. 1948-1970* (San José, Editorial Porvenir, 1982); Rojas, Manuel, *Lucha social y guerra civil en Costa Rica. 1940-1948*, 3ra. edición (San José, Editorial Porvenir, 1982); Esquivel, Francisco y Solís, Manuel, *Las perspectivas del reformismo en Costa Rica* (San José, DEI-EDUCA, 1980); Esquivel, Francisco y Muñoz, Juan José, "La crisis de la reproducción del capital en Costa Rica". En: *Crisis económica y movimiento obrero en América Latina: análisis de la última década* (San José, CEDAL, 1984), pp. 163-248. Me parece equívoco conceptualizar el intervencionismo estatal anterior a 1948 como el precedente del posterior a este año; tal postura impide observar lo que Edward P. Thompson denomina "la ruptura dentro de la continuidad": las reformas efectuadas entre 1914 y 1948 buscaban, en lo esencial, atemperar las contradicciones del modelo agroexportador; no fomentar el despliegue de nuevas formas de acumulación de capital, a costa de la oligarquía y en favor de la burguesía emergente.
- (29) Rodríguez Sáenz, art. cit., 1988. La versión liberal, por supuesto, insistía en que el deber -y el derecho- de diversificar la economía le competía al oligarca. El intelectual socialdemócrata, que rescató el énfasis en la diversificación, asignó a otro agente social la ejecución de tal tarea.
- (30) Molina Jiménez, art. cit., 1986, pp. 113-117.
- (31) Facio, Rodrigo, *Estudio sobre economía costarricense*, 3a. edición (San José, Editorial Costa Rica, 1978), pp. 167-179. El fundamento filosófico de la utopía forjada por Facio se analiza en: Molina Jiménez, Carlos, *El pensamiento de Rodrigo Facio y sus aportes a la ideología de la modernización capitalista en Costa Rica* (Heredia, EUNA, 1981).
- (32) Rodríguez Sáenz, art. cit., 1988.
- (33) *Ibid.* Molina Jiménez, art. cit., 1986, pp. 105-108.
- (34) Quesada, op. cit., 1988, pp. 141-148. Véase, además, la nota No. 23 de este

- (35) Ibid., p. 103. La negrita es del autor.
- (36) Ibid., p. 87, nota No. 15. Quesada tampoco critica a Meléndez.
- (37) Me refiero especialmente a los brillantes trabajos de Patricia Alvarenga, entre los cuales sobresale: "Crecimiento económico y crisis agrícolas en el Valle Central del período colonial tardío". En: *Avances de Investigación del Centro de Investigaciones Históricas*. San José (Costa Rica), No. 44 (1988), pp. 1-74
- (38) Meléndez, Carlos, *Costa Rica: tierra y poblamiento en la colonia*, 2da. edición (San José, Editorial Costa Rica, 1978), pp. 21-46. Este artículo fue, además, el que sirvió de base a José Luis Vega Carballo para aseverar que en Costa Rica existía un régimen parcelario desde el siglo XVI. Véase: Molina Jiménez, art. cit., 1986, pp. 107 y 112.
- (39) Facio, op. cit., 1978, pp. 39-50 y 65-66; idem, *Obras históricas, políticas y poéticas* (San José, Editorial Costa Rica, 1982), pp.305-306, 309-310, 318, 320, 322-323 y 326. La lista no es exhaustiva.
- (40) Quesada, op. cit., 1988, p. 142.
- (41) Ibid., pp. 115-121. La referencia a Ana Incer en: pp. 144-145.
- (42) Molina Jiménez, "El Valle Central de Costa Rica en la independencia", pp. 86-87 y 97. Es importante destacar, también, que algunos de los historiadores liberales fueron brillantes literatos; en particular, Ricardo Fernández Guardia y Manuel de Jesús Jiménez.
- (43) Facio, op. cit., 1982, pp. 411-505. Molina Jiménez, Iván, "El Valle Central de Costa Rica a fines de la colonia y la búsqueda de una definición teórica". En: *Nuevo Humanismo*. Heredia (Costa Rica), No. 8 (1986), de próxima aparición. El concepto de economía cerrada fue utilizado por Carlos Monge posteriormente y figura en las últimas ediciones de *Historia de Costa Rica*.
- (44) Una explicación más detallada se encuentra en: Molina Jiménez, Iván, "El Valle Central de Costa Rica en el ocaso de la colonia. Estructura productiva, progreso agrícola y capital comercial". En: *Revista de Historia*. Heredia (Costa Rica), Nos. 12-13 (julio de 1985-junio de 1986), pp. 105-106; idem, *La alborada del capitalismo agrario en Costa Rica* (San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1988), pp. 154-155.
- (45) Juan Rafael Quesada efectuó algunas entrevistas, pero las mismas no parecen haber pesado significativamente en la elaboración del ensayo. Véase: Quesada, op. cit., 1988, p. 136.